

*Fotografía tomada por Jimena Lucía Aguilar Marchan.*




# Sujetos deseantes: una aproximación teórica a las dinámicas del deseo gay

**Franklin Pease Gálvez**

Sociología

Pontificia Universidad Católica del Perú

fpeaseg@pucp.edu.pe / peasegalvez@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0006-0726-6321>

## Resumen

Entender el deseo gay como un fenómeno social es un reto conceptual. Este ensayo nace como un intento de armar un aparato teórico que permita aprehender las dinámicas del deseo de los jóvenes gays limeños de clase alta para un proyecto de tesis. Se revisan distintas corrientes para aproximarnos a este fenómeno: desde los estudios de género y la teoría queer, al posmodernismo y el posestructuralismo francés. Con estos aportes, se elaborarán las herramientas conceptuales necesarias para explicar las dinámicas deseantes. Estas se encuentran constituidas por la construcción del objeto de deseo a partir del proceso de subjetivación y el desarrollo de estrategias de cortejo que responden a ese objeto deseado. También se plantea cómo las posiciones que los sujetos deseantes asumen en las dinámicas de deseo se relacionan con su posición social. En esta línea, se pretende poner énfasis en lo productivo del deseo, lo subversivo de la experiencia *queer* y la relación entre el sujeto y la estructura. Esta disertación no pretende ser una declaración determinante ni esencialista de la naturaleza del deseo homosexual, sino que busca proponer una manera de comprender las maneras en que los jóvenes gays llegan a desear y ser deseados en un entorno que les es muchas veces adverso.

## Palabras clave

Deseo, gay, sexualidad, subjetividades.




# Desiring subjects: a theoretical approach to the dynamics of gay desire

**Franklin Pease Gálvez**

Sociología

Pontificia Universidad Católica del Perú

fpeaseg@pucp.edu.pe / peasegalvez@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0006-0726-6321>

## Abstract

Understanding gay desire as a social phenomenon is a conceptual challenge. This essay was born as an attempt to put together a theoretical apparatus that allows us to understand the dynamics of desire of young upper-class gay men from Lima for a thesis project. Different currents are reviewed to approach this phenomenon: from gender studies and queer theory, to French postmodernism and poststructuralism. With these contributions, the conceptual tools necessary to explain the desiring dynamics will be developed. These are constituted by the construction of the object of desire from the process of subjectivation and the development of courtship strategies that respond to that desired object. It also considers how the positions that desiring subjects assume in the dynamics of desire influence their social position. Along these lines, the aim is to emphasize the productive nature of desire, the subversiveness of the queer experience and the relationship between the subject and the structure. This dissertation is not intended to be a determining or essentialist statement of the nature of homosexual desire, but rather to propose a way to understand the ways in which young gay people come to desire and be desired in an environment that is often adverse to them.

## Keywords

Desire, gay, sexuality, subjectivities.

Los dispositivos [agencement] del deseo nada tienen que ver con la represión.  
(Deleuze, 2007, p. 124)

Give me a call if you ever get lonely,  
I'll be like one of your girls or your homies  
—Troye Sivan, *One Of Your Girls*

## 1. Introducción

Hace aproximadamente un año, llegué absolutamente frustrado a mi clase de “Amor, Afectos y Sociedad”, dictada por Jose Luis Rosales y Patricia Ruiz-Bravo. El chico que me interesaba desde el comienzo del ciclo no me daba bola. Justo en esa sesión, nos invitaron a pensar en un tema de investigación. Yo propuse (impuse) a mi grupo un tema que me corroía en ese momento —quizás desde siempre— y que ahora estimula mi curiosidad intelectual: ¿cómo gilean los hombres gays? ¿Cómo puedo yo llamar su atención? ¿Qué señales te dan, cómo se aproximan, qué hacen que yo no estoy viendo? Todas estas preguntas se tradujeron en un proyecto de investigación de largo aliento que fue expuesto en un coloquio y determinó el objeto de estudio de mi tesis: las dinámicas del deseo en jóvenes gays pertenecientes a los sectores altos limeños. Uno de mis primeros obstáculos fue capturar el elusivo carácter del deseo. La teoría escrita hasta ahora no siempre calzaba con la realidad que se me presentaba cotidianamente ni con las entrevistas exploratorias realizadas durante la primera etapa de mi investigación.

El siguiente ensayo, basado en mi marco teórico y guiado por los resultados iniciales de mi primera aproximación al campo, es un intento de dilucidar conceptualmente las dinámicas del deseo gay en jóvenes homosexuales pertenecientes a las élites limeñas. Este texto no pretende explicar todas las experiencias gays, y mucho menos todas las experiencias limeñas. Se centra en un grupo pequeño de jóvenes limeños entre veinte y treinta años, que viven en los mismos distritos residenciales, asistieron a los mismos colegios y universidades, veranean en las mismas playas y salen a las mismas discotecas. No solo se conocen y relacionan entre ellos, sino que, a lo largo de las entrevistas, se mencionan unos a otros. En este sentido, la lógica homoerótica que aquí desarrollamos es muy específica y no tiene ningún afán de universalización. Este texto busca guías conceptuales a una experiencia sexualmente disidente como pocas veces se ha hecho en el Perú. Como autor, elegí el caso más cercano a mí, por auténtica curiosidad sociológica. Considero que los aparatos analíticos que ideamos también tienen algo que decir sobre nuestras vivencias cotidianas, eróticas y afectivas. Asimismo, es necesario pagar la deuda que las ciencias sociales tienen con las experiencias disidentes.

Para lograr este cometido, era imperativo un aparato teórico robusto. Se realizó una revisión algo ecléctica que pasará por los estudios de género y la teoría *queer*, pero también por el posmodernismo y el posestructuralismo franceses. La argumentación se desarrollará en torno a tres procesos identificados en el campo: la construcción de un objeto de deseo, el desarrollo de estrategias de cortejo y las posiciones sociales resultantes de las dinámicas del deseo. Comencemos.

## 2. Discusión

### 2.1 Sobre el objeto de deseo

A Foucault no le gusta la palabra deseo según un ensayo de Deleuze (2007). Para el primero, el deseo implica siempre una carencia o una represión, pero está claro que el segundo lo usa de manera distinta. Foucault propone que lo que él llama placer es quizás lo que su dialogante llama deseo, pero que en todo caso necesita una palabra diferente. Para Deleuze (2007), el deseo no constituye carencia alguna ni tampoco un dato natural, “es la misma disposición [*agencement*] de heterogéneos que funciona” (p. 127). Comprende el deseo como la disposición efectiva entre dos otros, una atracción entre dos heterogéneos. Es un proceso, es un afecto, es la individualidad del momento, es acontecimiento, “es la constitución de un campo de inmanencia o de un ‘cuerpo sin órganos’ que se define solamente por zonas de intensidad, umbrales, gradientes, flujos” (Deleuze, 2007, p. 127). “Cuerpo sin órganos” es el estado del deseo, que se diferencia de los organismos y de las organizaciones. Hay que entender el deseo como una disposición entre sujetos, una atracción por el otro, que es un flujo de diferentes intensidades y formas.

Deleuze (2007) defiende que el deseo prima sobre el poder. Sin embargo, los dispositivos del poder mantienen todavía un efecto estructurante, a veces represivo, sobre el deseo. No lo anulan por completo o como dato natural, sino lo hacen en ciertos puntos. De cualquier manera, no es el deseo el que reprime. Debemos dejar de pensar la sociedad en términos de contradicciones como sucede, por ejemplo, entre el poder y el deseo. En cambio, pensemos que la sociedad funciona mediante estrategias a través de las cuales los sujetos hacen efectiva su disposición por el otro. El deseo distribuye el espacio social a través de las líneas de fuga, es decir, mediante los flujos por los cuales el deseo se mueve. Esta distribución es estructurada por los dispositivos de poder que, según Foucault (2014), tienen un carácter no sólo represivo, sino también productivo, pues construye maneras en que el deseo se distribuye en la sociedad. Los dispositivos del poder son discursos y prácticas normalizadoras que territorializan el deseo: la sexualidad, el matrimonio, la monogamia, etc. Sin embargo, Deleuze (2007) defiende también la naturaleza productiva del deseo, es decir, su capacidad para crear nuevas dinámicas sociales que permiten la disposición a un otro: las relaciones homosexuales, el poliamor, los vínculos casuales de la modernidad (Bauman, 2003). Estos son, bajo esta mirada, productos sociales del deseo que, en la medida en que se afianzan socialmente, tienden a ser territorializados por los dispositivos del poder, convirtiéndose así en estructuras. El deseo es el origen de toda sociedad, pues es mediante su orientación que la sociedad se moviliza, que los sujetos pueden alterar las estructuras.

De esta manera, las líneas de fuga funcionan también como movimientos de desterritorialización: no son un regreso a la naturaleza, sino una transformación de los dispositivos del deseo. Esta transformación, al institucionalizarse, supone un movimiento de re-territorialización del deseo (Deleuze y Guattari, 1985). Por eso, el deseo no es necesariamente “revolucionario”, sino que implica un movimiento capaz de alterar los dispositivos del poder que estructuran o reprimen el deseo. En ese sentido, el deseo

sí tiene la capacidad de ser “subversivo”, para usar un término de Sedgwick (2002). Gracias al deseo, en una sociedad todo se fuga, todo se desterritorializa. Las estrategias individuales y grupales siguen las orientaciones y divergencias de líneas de fuga mediante estrategias que les permiten cambiar los dispositivos del deseo. Las dinámicas de deseo se desterritorializan al desestructurar sus mandatos y desestabilizar los roles que las componen. Se territorializan al estructurarse de nuevo, al formar nuevas matrices de significado que establecen roles y prácticas sexo-afectivas acordes. Así, los sujetos reestructuran las formas por las que fluye su disposición por el otro. Formas que están abiertas a nuevos procesos de desterritorialización y territorialización.

Ahora bien, si el deseo implica la disposición entre dos otros, debemos encontrar procesos por los cuales producimos ese otro. Nos remitimos a una dinámica en la que el sujeto aborda a un objeto, que no es otra cosa que otro sujeto. Deleuze y Guattari (1985), como identifica también Heredia (2021), rechazan toda concepción clásica del sujeto. Lo desmiente como estructura cerrada, como yo-sujeto, como individuo constituido. En todo caso, remite a un proceso relacional abierto, a la subjetivación, a los procesos de individuación. Deleuze (2007) habla de un “agenciamiento” que supera tanto la determinación estructural como la trascendentalidad del ego. Es, en este sentido, una crítica también al sujeto foucaultiano, que está sujeto (es sujetado) por la estructura y más fuertemente determinado por ella (Foucault, 1983). Sin embargo, por motivos prácticos, para hacer más fácil la conjugación de corrientes teóricas, hablaremos de sujeto. Pero entenderemos al sujeto como el “agenciamiento” deleuziano: ni inevitablemente determinado, ni una materialización trascendental del yo. El sujeto será para nosotros eminentemente relacional y estará en constante proceso de individuación.

Entendemos por objeto de deseo la orientación de este, en donde desembocan las líneas de fuga de Deleuze (2007). Es decir, a qué y a quién se dirige el flujo deseante del sujeto, la disposición por el otro. Es el sujeto hacia donde se dirige la orientación sexual, que involucra una manera de orientar y alejar el cuerpo hacia los otros (Ahmed, 2015). Por lo tanto, afecta lo que pueden hacer los cuerpos, cómo pueden entrar a diferentes espacios sociales y a otros no. El objeto de sentimiento, como también lo caracteriza Ahmed (2015), moldea y es moldeado por las emociones, pero su impresión igualmente depende de las historias de los sujetos. En ese sentido, los objetos pueden sustituirse entre sí, los sentimientos pueden pegarse a unos objetos y resbalarse por otros. Entonces, el deseo no se encuentra en el mismo objeto, sino que es producto de la circulación, de la socialidad de las emociones.

Si, como afirma Deleuze y Guattari (1985), el deseo es productivo, es porque genera una serie de dinámicas que pautan las interacciones y relaciones entre los sujetos. La disposición hacia un otro, entonces, es tanto subjetiva como socialmente construida. A partir de Butler (2001), podemos explicar cómo construyen los sujetos un objeto de deseo a partir de un proceso de subjetivación influido por los mandatos del género. Se recupera la teoría del duelo freudiana, según la cual un objeto perdido debe ser incorporado como ausencia en el yo para que su pérdida sea aceptada por el sujeto. La filósofa estadounidense desarrolla el concepto de género melancólico, una expresión del género y del deseo que se construye a partir de las pérdidas. Hablamos de un circuito de

renuncia: hay rasgos que les son negados a hombres por ser atribuidos a las mujeres, y viceversa. Al sujeto le es prohibido manifestar una identificación de género que encarne los rasgos definitorios del sexo opuesto. Asimismo, debe renunciar a amar a alguien del mismo sexo. Un hombre, entonces, debe renunciar a comportarse de manera femenina y a ser gay. Se interioriza como ideal aquello a lo que se ha renunciado: se busca (se desea) a alguien con las características que uno no puede encarnar.

En nuestra aproximación exploratoria, los jóvenes gays entrevistados identificaron un objeto hegemónicamente masculino de deseo: hombres fuertes, activos, decididos. Estos rasgos se valoraban en tanto propios de una masculinidad que se superpone a las demás (Connell, 2003). ¿Cómo construyen los jóvenes gays este objeto de deseo? Al confesarse homosexuales, estos hombres pierden para la sociedad parte de su masculinidad. Entonces, para recuperarla, se genera un deseo melancólico que añora aquello que ha perdido, que desea recuperar esa masculinidad de la cual se ha visto despojado. De esto se sigue, como una opción entre otras, que se genere un objeto de deseo masculinizado, un representante de la masculinidad hegemónica de Connell (2003) que expresa una virilidad dominante. Pero no todos los hombres gays desean hombres masculinos. La masculinidad tampoco se pierde siempre en el mismo grado. Por ejemplo, un hombre gay con una expresión de género masculinizada puede ser menos cuestionado que un gay feminizado. Podría, entonces, desarrollar un objeto de deseo más “femenino” que encarne los rasgos a los que ha renunciado por mantener su virilidad. La pérdida de la masculinidad depende de los mandatos del sistema de género en la que uno se ubica (Rubin, 2015). Así, un objeto de deseo se construye un balance de las renunciadas de la masculinidad hegemónica que el ser gay implica.

No sugerimos que los jóvenes gays reproduzcan sin más dinámicas heteronormativas de género, pero la heterosexualidad obligatoria moldea todos los cuerpos sin excepción. Para Ahmed (2015), si la heterosexualidad es obligatoria, la incapacidad de orientarse hacia el objeto sexual ideal altera el ordenamiento del mundo y de la vida misma. Ello sugiere que los sujetos pasan por un proceso melancólico y asimilan dinámicas de deseo heteronormativas. La asimilación implica acercarse al ideal, o tener la intención de hacerlo. Pero este es un ideal al que no se puede llegar, que distingue al sujeto *queer* como fallido, como un no ser. Elegir la asimilación puede criticarse, según Ahmed (2015), como la reproducción de una violencia que distingue entre vidas legítimas e ilegítimas, que jerarquizan las vidas heterosexuales y *queers*, las más y menos *queers*. Pero la filósofa británica propone dejar de pensar la asimilación y, en la misma línea, la transgresión como opciones. La posibilidad de asimilarse o de transgredir las dinámicas del deseo depende de los capitales con los que se cuenta y la imbricación de estos con el sistema de género en el que se ubica. Retomaremos este punto más adelante, al hablar de las posiciones sociales del deseo.

Se construye, entonces, lo que sería en los términos de Ahmed (2015), un objeto pegajoso del deseo. Los afectos son pegajosos, pues transfieren la significación social de un sujeto al otro. Al amar a alguien, por ejemplo, lo cargo de significados: lo puedo considerar bueno, leal, fuerte, atractivo, generoso, etc. Hay una fuerte asociatividad entre los afectos y los atributos del objeto de nuestro afecto. Estos rasgos se pegan al objeto



y, en ese sentido, deseo también que se me peguen a mí como sujeto deseante. Son aquello que hacen que lo desee. Entonces, una manera de recuperar esa masculinidad que se ha perdido es a través del objeto del deseo emocionalmente cargado que pega su masculinidad hegemónica al sujeto deseante.

Otro punto de vista para observar el deseo gay es la de Kimmel (1997). Con su concepto de validación homosocial, afirma que el deseo de los hombres consiste en conseguir la aprobación de sus pares: es cuando un hombre valida a otro que el segundo puede considerarse uno. En esta línea, cuanto más hegemónica sea la masculinidad de un hombre, mayor será la validación que puede ofrecer al otro. Pensemos en el momento en que los muchachos celebran un éxito en la cancha de fútbol, las palmadas en la espalda cuando consiguen a la chica más linda de la discoteca o el grito de júbilo cuando se acaban una botella de cerveza de un tirón. El reconocimiento de estos logros viriles está impregnado de emocionalidad. En esa validación del hombre hay un aspecto afectivo que es negado en otras dimensiones de lo masculino: se reconoce también las emociones del otro. Podemos decir, entonces, que el deseo por un hombre hegemónico responde a la validación socioafectiva que este puede proporcionar al sujeto gay feminizado. Socioafectiva, porque valida al otro como hombre gay y como merecedor de afecto. Este concepto puede ser complementado por el alarde de Fuller (1997): los hombres heterosexuales alardean de sus conquistas femeninas para obtener la aprobación de sus pares, su validación. En nuestro caso, los jóvenes gays feminizados hacen alarde de la virilidad de sus parejas para obtener una aceptación similar: pueden alardear por contraste de los rasgos de su propia virilidad. Pero, bajo la óptica del género melancólico, un hombre gay masculinizado podría hacer alarde de su pareja feminizada, quien encarna los rasgos a los que ha renunciado. El objeto del deseo, entonces, se configura durante el proceso de subjetivación y socialización, la disposición por un otro depende de cómo uno se configura como sujeto. Los rasgos masculinos o femeninos que el objeto asuma responderán a la presencia o ausencia de estos en la expresión de género del sujeto.

## **2.2 *Sobre las estrategias de cortejo***

Entendemos que los jóvenes gays se aproximan a su objeto de deseo mediante estrategias de cortejo. Desde la perspectiva de Deleuze (2007), las estrategias son configuraciones de las líneas de fuga mediante las cuales los sujetos hacen efectiva su disposición al otro. En las entrevistas exploratorias se habló de “gileo/gilear” como la aproximación al otro (usaremos a partir de ahora gilear como verbo que hace alusión al cortejo). Pero emplearemos el término cortejo para englobar una serie de “gileos” específicos que los entrevistados mencionan: el “levante” de una sola noche, la búsqueda de una pareja, las aproximaciones sin intenciones precisas. En todo caso, nos encontramos frente a una diversidad de estrategias marcadas por la multiplicidad de líneas de fuga que el deseo gay supone y que varían dependiendo de los procesos de subjetivación de los jóvenes gays limeños.

¿Qué pasa cuando dos hombres gays se desean mutuamente, cuando una subjetividad se enfrenta a otra? Para responder a esta pregunta podemos remontarnos al trabajo de Beck y Beck-Gerheim (2001). La pareja alemana explica cómo la matriz heteronormativa de las relaciones hombre-mujer está en tela de juicio a comienzos de este siglo. Antes, las

dinámicas del deseo estaban estructuradas por la dominancia masculina. En el cortejo, bajo la lógica de sujeto-objeto, un sujeto masculino desea a un objeto femenino. Tenemos un sujeto activo deseante y un objeto pasivo deseado. Sin embargo, para Beck y Beck-Gerheim (2001), en la época del individualismo, con la liberación sexual y la emancipación femenina, esta matriz pierde sentido. Las mujeres tienen proyectos de vida individuales, ambiciones laborales y académicas, y poder de decisión sobre sus propias vidas: ya no son objetos de la subjetividad masculina, sino dueñas de su propia subjetividad, al menos en un nivel discursivo. “El normal caos del amor” (Beck y Beck-Gerheim, 2001), es decir, el desorden afectivo imperante en nuestra época, se genera cuando se intenta plantear relaciones afectivas entre dos sujetos de deseo cuyos proyectos de vida individuales no necesariamente coinciden, y cuando la subyugación de una subjetividad frente a otra ya no es el único sentido común imperante. Las relaciones heteronormativas, moldeadas por la matriz sujeto-objeto, no soportan dos subjetividades individuales, por eso son caóticas en la actualidad.

A partir de esta reflexión, podemos preguntarnos qué pasa cuando nos referimos a las relaciones entre dos jóvenes gays, cuando se enfrentan dos personas que han sido socializadas como sujetos. ¿Cómo “gilean” dos hombres? Pero también, ¿cómo hacer funcionar la interacción que presenta una dificultad, parecida a la de Beck y Beck-Gerheim, (2001), por el enfrentamiento entre dos subjetividades, pero diferente por tratarse actores y de un sistema de género distintos? Las relaciones entre hombres y mujeres en la Alemania de hace veinte años deben ser diferentes que las relaciones entre jóvenes gays en el Perú actual. Sin embargo, es necesario situarnos en esta crisis de las dicotomías y esta reconfiguración de las subjetividades deseantes para intentar explicar cómo se dan las dinámicas del deseo en los jóvenes gays de la Lima contemporánea.

Son útiles las reflexiones de Perlongher (1997). El sociólogo argentino retoma la concepción de sujeto deleuziano: sujeto como punto de subjetivación que no se mide por el control localizado que ejerce sobre sus deseos, sino por su capacidad para conjugarlos y darles encuentros. En ese sentido, debemos pensar en las minorías como modos alternativos, disidentes, contraculturales de subjetivación. Son el devenir mujer, el devenir gay, el devenir *queer*. El devenir no es equiparable a la identidad, es producto de procesos de marginalización, de fugas que disparan devenires, lanzan al sujeto a la deriva por los bordes de las estructuras convencionales. Por eso, para Perlongher (1997), no existe devenir hombre, porque la virilidad es mayoritaria por excelencia, y todo devenir es minoritario. Ante estos procesos, el autor nos previene de la identidad como concepto, pues por su carácter afirmativo cristaliza los procesos de la subjetivación y del deseo. El proceso de devenir extrae particularidades de las grandes oposiciones sociales: de dos grandes sexos aparecen una multiplicidad de manifestaciones de género. Todo devenir pasa por el devenir mujer, pues es su oposición fundamental a lo masculino desde donde se desprenden los procesos de subjetivación alternativos. De esta manera, de los dos grandes géneros se desprenden microfeminidades y micromasculinidades. Para los hombres gays, no significa meramente imitar las formas esperadas de hombres y mujeres, sino de incorporar en su proceso de subjetivación particularidades que hacen referencia a lo masculino y lo femenino.

Devenir supone subvertir las exclusiones, repulsiones y jerarquizaciones que esconden usualmente las disposiciones a un otro. En ese sentido, el devenir es un ejercicio de poder deseante y afectivo, pues reformula las percepciones sobre el cuerpo y el deseo. Así, el devenir gay es una manera de fugarse del deber ser imperante. “Devenir es un proceso del deseo” (Deleuze y Guattari, citado en Perlongher, 1997, p. 130), pues devenir no es transformarse en otro sino entrar en alianza, en contagio, en inmersión con quien es diferente. Dos jóvenes gays que se disponen el uno al otro, que se desean, son dos subjetividades que se enfrentan la una a la otra. Ciertamente, ambos han pasado ya por un proceso de devenir en el cual han adoptado particularidades de lo masculino y lo femenino en mayor o menor medida y proporción. Cuando me acerco a alguien que deseo, los mandatos del ser hombre indican que debo yo, como sujeto deseante, abordar al objeto. Esto está en consonancia con una construcción del objeto de deseo ligada al proceso de subjetivación. Cuando me enfrente a otro que percibo como un sujeto masculino, la socialización en los mandatos de género convencionales podría sugerir que debo devenir en objeto de deseo. Un proceso de subjetivación que pasaría por el devenir mujer, por replicar en la interacción inmediata una actitud que replique la gran oposición sujeto deseante masculino y objeto deseado femenino en la interacción inmediata.

La investigación de Perlongher (1999) sobre la prostitución masculina en São Paulo brinda algunas luces: da cuenta de cómo los *miches*, los hombres que ejercen el trabajo sexual en las calles cariocas, performan una masculinidad hegemónica para llamar la atención de sus clientes. Mientras más masculinos, además, mayor es el valor de su compañía. Aun así, esta virilidad aparente no supone una dominación absoluta. Los otros, feminizados por contraste, mantienen el poder monetario. Además, los *miches* suelen ser adolescentes mucho menores que sus clientes. Las particularidades de lo masculino y lo femenino, los mecanismos del poder, están repartidas en esta interacción. No hay de manera definitiva un sujeto que ocupe el “rol de hombre” ni un objeto que ocupe el “rol de mujer”. El proceso de desterritorialización y territorialización de deseo entre dos sujetos que han pasado por un devenir gay construye dinámicas de deseo que extraen del ser hombre y el ser mujer particularidades que les permiten ponerse a disposición del otro. De esta manera, los sujetos subvierten los roles de género. Se despliega así una serie de estrategias que son las que esta investigación también pretende analizar. En algunos casos, actuarán más como sujetos y abordarán al objeto de su deseo; en otros casos, devienen en objetos de deseo, poniéndose en posición para ser abordados. Puede incluso que jueguen con ambos registros. En todo caso, apuntamos a enfatizar el carácter alternativo y estratégico de los jóvenes gays para abordar el objeto de su deseo.

### **2.3 Sobre las posiciones sociales del deseo**

Entraremos mediante Bourdieu (2000) a un entendimiento estructural del deseo y del género. El principio masculino de la dominación sexual, para el autor, implica que la articulación del orden simbólico del cosmos se hace a partir de la masculinidad. Es decir, entendemos el mundo, la realidad que nos rodea, teniendo el ser hombre como principio guía. La mirada masculina lee e interpreta la realidad, pero es una mirada culturalmente adquirida. Independientemente del sexo asignado al nacer, aprendemos a entender el

mundo de esta manera mediante una socialización simbólica y pautada. En este sentido, lo masculino dirige el deseo, lo activo y lo que posee; esto en oposición a una feminidad pasiva, receptora y que es deseada en términos de ser poseída. Si se espera, entonces, que el hombre dirija el deseo, que posea, que aborde, el sujeto que es deseado debe comportarse como objeto, aun siendo hombre, y asumir una posición receptora, abordada, “femenina”. Quién ocupe estas posiciones dicotómicas en la interacción del cortejo dependerá de la interpretación simbólica que los sujetos hagan de su contraparte. Es decir, se dará cuenta de los rasgos y la actitud de un otro al que se desea, será percibido como sujeto si presenta atributos masculinos, pero será considerado objeto si estos son femeninos. Esto genera roles activo-pasivo que no estructuran de manera definitiva al individuo, pero sí sugieren estrategias en función del objeto/sujeto deseado (Deleuze, 2007). Son roles, además, que ya son parte del sentido común de las comunidades *queer*. Esto nos permite comprender el devenir objeto feminizado como un posicionamiento estratégico, una manera válida de abordar al otro que no se reduce a la replicación de una matriz de dominación (que otros marcos conceptuales podrían sugerir). Ser objeto de deseo es también una forma efectiva de cortejo. Un joven gay afirma el carácter subversivo de su ser *queer* (Sedgwick, 2002) justamente al subvertir las reglas de la dominación y adueñarse de ellas para reescribir las reglas de las dinámicas del deseo.

Ahora bien, mucho de esta reflexión nace de buscar respuestas teóricas a un hallazgo de las entrevistas exploratorias: muchos de los entrevistados afirmaban no saber gilear. Esto sucedía, sobre todo, con los entrevistados feminizados que deseaban a un hombre hegemónico. Ellos afirmaron sentirse desarmados frente al objeto de su deseo y sugirieron preferir que el otro los abordara a ellos, que fuera ese sujeto masculino el que los gileara. Sin embargo, admitían cierto posicionamiento: se vestían de determinada manera, les hablaban de cierta forma, creaban una cuidada imagen en redes; en suma, se ponían en posición para ser gileados. Sin embargo, estas son estrategias sutiles, receptoras, propias de una actitud que se considera femenina en la interpretación masculina del cosmos. Si los sujetos son socializados para abordar a sus objetos, creen que deben ser ellos los que gilean activamente. No entienden un gileo sutil y receptivo como tal, pues lo asocian con la feminidad. Entonces, lo invalidan. Pero esta preparación premeditada para ser abordado por otro sujeto es justamente una estrategia efectiva para satisfacer sus deseos.

La articulación simbólica de la dominación masculina a partir de la lectura de Bourdieu (2000) permite distinguir dos planos. Tenemos, primero, un plano discursivo, en que los sujetos afirman gilear o ser gileados, cumpliendo implícita o explícitamente un rol masculino o femenino. Por otro lado, observamos el plano de la acción, la praxis, que revela un comportamiento estratégico capaz de jugar con los mandatos afectivos del género, por ejemplo, devenir en objeto. Se permite integrar una reflexión anterior, según la cual encontraremos en las dinámicas deseantes partículas de lo femenino y lo masculino: debe darse cuenta del potencial de los sujetos *queer* para alterar las estructuras dadas. Así, con diferentes sujetos, pueden asumir diferentes posiciones durante el cortejo o, incluso, alternarlas en una misma interacción.

Cuando hablamos de posición, no solo nos referimos a la actitud de un sujeto deseante ni a una estrategia de cortejo, es inevitable remitirnos a la posición social, al

punto donde uno se ubica en su sociedad y el ejercicio del poder que este supone. En la presente investigación, nos aproximamos a jóvenes gays provenientes de los sectores altos limeños y abordamos el mantenimiento de una posición social desde la perspectiva de Bourdieu (1997, 2000, 2019).

El sociólogo francés entiende como espacio social la distribución de los distintos capitales que son significativos en una sociedad determinada. La acumulación de capitales (económico, cultural, social, simbólico) nos posiciona en el espacio. Este posicionamiento implica una experiencia social que incorpora visiones e interpretaciones del mundo, además de formas de moverse en él. De estas experiencias emergen prácticas, reglas de juego que, cuando se vuelven comunes a muchas personas, generan grupos, colectivos, etc. De este se desprende el *habitus*, que viene a ser la práctica de los sujetos en una posición social, el conocimiento y aproximación a las reglas de juego de su colectivo. Es una praxis que nos permite mantener nuestra posición en el espacio social.

Portocarrero (1999) analiza en un ensayo el término GCU: “gente como uno”, que hace referencia a los sectores acomodados y blancos de Lima, consecuencia última del proceso postcolonial. Es una distinción racial, en la que lo blanco y lo criollo se contraponen a lo indígena, lo mestizo y lo negro. Para motivos de la presente investigación, nos importa, sobre todo, entender cómo los sujetos buscan mantener su prestigio, es decir, su posición en el espacio social para seguir formando parte de la “gente como uno”. Sin embargo, pondremos el énfasis no en la racialización, sino en el género. Aun así, será posible observar cómo raza y género son dimensiones imbricadas, que generan determinados mandatos sociales. El análisis de la posición del individuo en el espacio pasará por lo que sea común en su grupo y la capacidad del sujeto de incorporarlo, de tener el *habitus* de la “gente como uno”, es decir, manejar las reglas de juego de las élites limeñas (Bourdieu, 1997). El tener al *habitus* implica la incorporación de las estructuras en el cuerpo y la mente, que se traducen en determinadas formas de actuar, pensar y hablar. En este sentido, se trata de una estratificación que no es sólo economicista, relativa a los medios de producción, sino también cultural. La ubicación de uno está determinada no solo por el capital económico, sino por el prestigio que el capital social, cultural y simbólico brindan (Bourdieu, 2019). No es solo tener plata, sino estar bien conectado mediante lazos de parentesco y amicales, el manejo de un bagaje cultural capaz de hacerse distinguir, y el conocimiento de los valores y reglas propios de una sociedad. La reunión de estos capitales posiciona al sujeto en el espacio. Mientras más reúna, mejor será su posición y mayor será su prestigio.

Bourdieu (2000) no enfatiza lo afectivo, pero el *habitus* puede ser también, como praxis, una disposición al otro, una actitud y actuar deseante elaborados a partir de ciertas estructuras del deseo propias de un grupo. A partir de la influencia de los mandatos del género en las dinámicas deseantes, entendemos que este *habitus* implica una incorporación de estos. En este sentido, los sujetos desarrollan una serie de disposiciones que les permiten aproximarse a un objeto de deseo feminizado o masculinizado al hacer suyas las particularidades de lo femenino y lo masculino. Asimismo, el *habitus* afectivo y, en esta línea, la expresión de género del sujeto posicionan también a uno en el espacio social (Bourdieu, 2000; Rubin, 2015). No referimos a las reglas de juego sexo-afectivas,

del prestigio que estas producen y cómo nos ubican en el espacio social.

Justamente, nos referimos al cortejo para abarcar tanto el gileo de una noche como el establecimiento de una relación; pues, por su carácter productivo, del deseo emergen una serie de dinámicas. Si bien estas tienen efectos sociales distintos, como afirma Bauman (2003), toda unión de los cuerpos está socialmente enmarcada y no puede desprenderse de sus implicancias sociales. Así, las múltiples dinámicas del deseo en diversidad de situaciones y momentos tendrán siempre potencial incidencia en la posición social. Una disposición por el otro implica un posicionamiento. Una masculinidad hegemónica activa, decidida, blanca, exitosa, cuidada, etc., otorga una mejor posición al sujeto, que se expresa en el espacio social de las élites limeñas. El masculino y hegemónico puede permitirse tener una pareja más femenina y mantener su prestigio. Sin embargo, ¿qué pasa con los sujetos feminizados? Ellos pueden buscar una pareja viril que le devuelva la masculinidad perdida y le brinde el prestigio que la virilidad otorga en el sistema de género de las élites limeñas. Así, el establecimiento de relaciones afectivas mediante un *habitus* afectivo permite mantener el prestigio en el espacio social de los jóvenes *queer* de los sectores altos limeños.

Según Ahmed (2015), la reelaboración de las dinámicas del deseo depende, sobre todo, de la clase social. Cuanto mejor sea su posición de clase, mayores serán las posibilidades de los sujetos para jugar con los mandatos de la heteronormatividad. Aun así, las relaciones *queer* son legibles y reconocidas en la medida en que siguen el modelo heterosexual. Entonces, dinámicas deseantes cercanas a lo heteronormativo permiten mantenerse en el espacio social de las clases altas limeñas. La asimilación o la transgresión de las dinámicas del deseo no son producto sin más de la voluntad. La acumulación de capitales, que posiciona al sujeto dentro de su propio grupo, le permite alterar en mayor o menor medida las reglas del juego, pero tendrá que seguirlas en cierta medida para mantenerse en su clase. En el caso de los jóvenes gays provenientes de las clases altas limeñas, podemos sugerir que su posición de clase les permitirá jugar efectivamente con las normas heteronormativas del deseo. Sin embargo, esta subversión de las normas estará limitada por la necesidad de reproducir una lógica sujeto-objeto que les permitan mantener su posición de clase.

### 3. Conclusiones

La territorialización del deseo homosexual en roles activo-pasivo surge porque un proyecto afectivo en los sectores limeños es considerado válido en la medida en que se ajusta a una matriz sujeto-objeto. Performar las particularidades de lo masculino y lo femenino de manera complementaria respondería a la necesidad de hacer su deseo inteligible, para usar un término de Butler (2002), a los otros miembros de las élites limeñas y a sí mismos. Hacerlo entendible permite humanizarlo y validarlo. En una sociedad como la limeña, tan convencional, con mandatos de género tan fuertes, los sujetos disidentes cuentan con pocos referentes alternativos para la satisfacción de sus deseos. Los jóvenes gays tienen que cumplir con los roles que su sociedad les ofrece, sobre todo si quieren permanecer dentro de los círculos sociales que frecuentan. En este sentido, es probable

que encontremos la cristalización de estos roles en los sujetos, es decir, que normalicen una subjetivación como sujeto u objeto de deseo, que tiendan a gilear o ser gileados, a tener mayoritariamente características masculinas o femeninas. Sin embargo, esperamos encontrar, justamente, la alteridad en estas disposiciones al otro que les permita no solo mantener la posición social, sino desear y ser deseados. En los casos observados, entonces, lo subversivo y productivo del deseo gay está en la afirmación de una subjetividad *queer* y la persecución estratégica del deseo por otro hombre en una sociedad sumamente convencional y heteronormativa.

Las formas que toma el deseo gay son múltiples, el presente ensayo y la futura investigación recién empiezan a cubrir un pequeño caso. Es necesario que nuevas investigaciones profundicen en otras experiencias disidentes.

## Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bauman, Z. (2003). *Amor líquido*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. y Beck-Gerheim, E. (2001). *El normal caos del amor*. Editorial Paidós.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2019). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Universitat de València.
- Connell, R. (2003). La organización social de la masculinidad. En, *Masculinidades* (pp. 103-129). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- Deleuze, G. (2007). *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Pre-textos.
- Foucault, M. (1983). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *Historia de la sexualidad* (vol. 1: La voluntad de saber). Siglo XXI.
- Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas*. Fondo Editorial PUCP.
- Heredia, J. M. (2021). El concepto de sujeto en Deleuze. En E. Palti (comp.), *El concepto de sujeto en el pensamiento contemporáneo* (pp. 75-98). Prometeo Editorial. <https://doi.org/10.2307/11.12865287.6>
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavaria (eds), *Masculinidades. Poder y crisis* (pp. 49-62). Isis Internacional.
- Perlongher, N. (1997). Los devenires minoritarios. En C. Ferrer y O. Baigorria (eds.), *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992* (pp. 65-75). Colihue.
- Perlongher, N. (1999). *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Paidós.
- Portocarrero, G. (1999). La ambigüedad moral del humor y la reproducción del racismo: el caso de la china Tudela de Rafael León. *Dimensión Antropológica*, 15, 27-53. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/article/view/8598>
- Rubin, G. (2015). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15903007>
- Sedgwick, E. (2002). A(queer) y ahora. En R. Mérida (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer* (pp. 29-54). Icaria Editorial.